

VALPARAÍSO Y EL CENTRALISMO ECONÓMICO CHILENO, AUGE Y ESTANCAMIENTO: 1830-1950

Antonio Rodríguez C.*

Resumen

En el presente artículo se estudian las incidencias de las políticas económicas, emanadas desde la conducción centralizadora del Estado, en el comportamiento económico de Valparaíso. En un período que cubre más de un siglo, se identificaron tres etapas, apreciándose sensibles variaciones en sus dinámicas económicas, las que oscilaron desde una primera en que su desempeño se vio favorecido y estimulado hasta la última, que, precedida por un fuerte centralismo económico, limitó sus capacidades de respuesta o reorientación, en un contexto internacional marcado por la desaparición de las condiciones favorables.

Abstract

The article presents the effects of centralized economic state policies in the economic behaviour of Valparaíso. During a period that covers more than a century, three stages were identified, appreciating sensitive variations in its economic dynamics, which ranged from one in which its performance was favored and stimulated, to a last one which, preceded by a strong economic centralism, limited the capacities of Valparaíso to respond or reorient its economy, in an international context marked by the disappearance of favorable conditions.

Introducción

Desde los albores de la organización republicana, a partir de la tercera década del siglo XIX, hasta cerca de mediados del siglo XX, Valparaíso conoció uno de los desarrollos regionales más relevantes de la trayectoria económica nacional. Corresponde a una experiencia histórica singular, quizás irrepetible, de cómo una economía localizada en la periferia de la capital política y centro de las decisiones del Estado, pudo alcanzar un crecimiento sólido y sostenido, una profunda internacionalización de sus actividades e incluso la formación de una influyente elite comercial, que no tardó en asumir el liderazgo del emprendimiento, incorporando a los sectores minero, financiero e industrial.

Sin embargo, como es plenamente sabido, conforme avanzó el siglo XX, la ciudad fue perdiendo su dinámica emprendedora, dando lugar a uno de los casos de estancamiento económico y deterioro urbano más dramáticos de los últimos cincuenta años. Ante la magnitud y complejidad del proceso, cronistas e historiadores han hurgado en su pasado buscando las causas de la declinación, dando forma a variadas interpretaciones, en cuyo entramado principal se ha reconocido el impacto ocasionado por sucesivas crisis y coyunturas desfavorables, preferentemente de origen exógeno. Entre ellas se han mencionado: los efectos perturbadores para el comercio ocasionados por la Primera Guerra Mundial; la construcción de una vía mercantil alternativa a la costa chilena con la

* Doctor en Historia por la Universidad de Huelva, España, Magíster © en Historia. Licenciado en Historia y Profesor de Historia y Geografía Universidad de Chile. Académico de la Universidad Adolfo Ibáñez. Académico de la Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación.

inauguración del Canal de Panamá en 1914, y los devastadores efectos de la Gran Depresión Mundial, que se hizo presente en Chile a partir de 1930. También se han referido a las implicancias de factores endógenos, tales como el terremoto que destruyó la ciudad en 1906, y la construcción y promoción a la condición de Puerto Mayor del vecino San Antonio. Todos estos eventos, unos más que otros serían, a su juicio, los grandes responsables del desplazamiento porteño.

En el desarrollo de estas líneas, no pretendemos poner en duda los efectos que le corresponden a cada uno de estos acontecimientos, mas bien se ha querido repensar el tema desde una perspectiva que incluya o se haga cargo de las consecuencias en las decisiones emanadas de la conducción económica del Estado que, en su debido momento, favorecieron o perjudicaron el desempeño productivo de la ciudad. Así, sin perder de vista el conjunto de las variables políticas, sociales y económicas presentes e interactuantes en el tiempo, procuraremos identificar las capacidades de respuesta y articulación que pudo o no desplegar la ciudad frente a las políticas definidas desde el gobierno central, como así también, a los nuevos desafíos surgidos por los drásticos cambios provenientes del escenario internacional.

La relación de Valparaíso con el poder central a lo largo del período estudiado nos ha permitido elaborar una periodificación en tres etapas, advirtiendo en cada una de ellas sensibles variaciones en el rol desempeñado por la ciudad ante el poder central. Así, en primer lugar, se reconoce la del “Centralismo Neo Mercantilista”, que comprende aproximadamente el período 1830 y 1860, momento en el cual Valparaíso asumió presurosamente un rol protagónico de centro económico de la República. Una segunda etapa, denominada del “Centralismo Proteccionista” se extendió entre 1860 y 1924. Corresponde a un período de desempeño no menos brillante que el anterior, en el cual la ciudad puerto y más tardíamente Santiago, diversifican y comparten sus roles en pos de la supremacía económica nacional. Finalmente, culminamos con la etapa de “Centralismo Estadista”, abarcando desde 1924 en adelante, que para los propósitos de este trabajo sólo se aborda hasta fines de los cuarenta, momento que marcó la declinación definitiva del Valparaíso. En este último período, se aprecia una ciudad desplazada, a la cual se le niega la posibilidad de beneficiarse del proceso de modernización y planificación económica, promovido y financiado desde las altas esferas burocráticas del Estado.

Así, visto en perspectiva, podemos afirmar que la consolidación de las tendencias estatistas le infligieron un grave daño a la economía porteña, debido a que el Estado se auto inflirió la conducción económica, exacerbando su histórico rol centralizador en torno a Santiago. El ritmo avasallador que fue adquiriendo este proceso en las décadas siguientes, sumado a la escasa capacidad de respuesta de la ciudad frente al impacto de las crisis adversas ya mencionadas, terminaron por consolidar un tipo de centralismo que desequilibró la economía nacional, encontrando en Valparaíso una de sus víctimas principales.

Centralismo Neo Mercantilista.

Existe consenso entre los estudiosos de la historia de Chile, que el centralismo nacional, en sus más diversas manifestaciones, arranca de la tradición centralista hispana

que se forjó bajo los Reyes Católicos y la dinastía Hasburgo, convirtiendo a España en una formidable construcción política altamente jerarquizada y burocratizada. En los albores de la modernidad, España ya era la monarquía que ostentaba el mayor grado de centralización dentro del contexto europeo. Sin embargo, fue bajo el reinado de los Borbones en el siglo XVIII que esta tendencia se profundizó, como consecuencia de la implantación del absolutismo de raigambre francesa que se impuso en América dentro de un proceso de remodelación institucional que vino a modificar la relación entre la metrópoli y su imperio, reimpulsando el rol centralizador del Estado en la persona del monarca, pese a la implícita contradicción hispana por la antigua preeminencia de poderosas tendencias regionalistas.

En el ámbito económico, pese a la implantación de significativas reformas en impuestos y a una mayor flexibilización del comercio, apertura de puertos y rutas de navegación, siguió prevaleciendo el modelo mercantilista con restricciones a la libre actividad económica y libertad de desplazamiento, características propias de un sistema monopólico.

Ya en el contexto hispanoamericano, la crisis del Imperio español de comienzos del siglo XIX, aceleró la formación de centros de poder local con identidad regionalista, requisito fundamental del proceso de construcción de las nuevas repúblicas. En el caso de Chile, su particular configuración territorial con caracteres de insularidad, facilitaron dicho cometido, surgiendo con vigorosa determinación la decisión de constituir un centro político y económico ajeno al desvanecido Virreinato peruano.

Las dos figuras públicas más gravitantes del temprano período post-independencia, Bernardo O'Higgins y Diego Portales, aportaron las bases para la consolidación, del separatismo en el primer caso, y la formulación del Estado republicano en el segundo. La organización de la nueva entidad burocrático-administrativa, fue una tarea compleja, sucediéndose los fracasos; comenzando por el gobierno personalista e institucionalmente infructuoso de O'Higgins, a lo que se sumó, el descontento de las provincias de Coquimbo y Concepción, por su escasa injerencia en el curso de los acontecimientos y los sucesivos fracasos de orden constitucional que encaminaron al país a una crisis mayor en 1829.

La elite criolla, dividida por la revolución separatista e intimidada por los excesos de la anarquía y los brotes de militarismo, siguió sugestivamente la figura emergente de Portales, quien impuso un orden, cuyas bases, según Alberto Edwards, arrancarían del centralismo hispano,¹ que aportó el fundamento de la estabilidad imperante en el período colonial y que para Mario Góngora, en una interpretación más reciente, procedería de una concepción centralizadora moderna del tipo francés.² Más allá de sus antecedentes, el orden prevaleciente bajo la imposición portaliana, refrendado en la constitución de 1833, consolidó la formación en Chile de un Estado presidencialista, autoritario y centralista.

1. Ver: EDWARDS VIVES, Alberto; *La fronda aristocrática en Chile*, Imprenta Nacional, Santiago de Chile, 1928.

2. En opinión de Mario Góngora, el resurgimiento del centralismo monárquico bajo formas de republicanas no precedería de la antigua tradición colonial. Véase GÓNGORA, Mario; *Ensayo Histórico Sobre la Noción de Estado en Chile en los Siglos XIX y XX*, Editorial Universitaria, Santiago, 1986. p. 47.

El régimen económico delineado tras la independencia, se enmarcó dentro de la doctrina neo Mercantilista,³ o bien dentro de un mercantilismo tardío de raíz hispana, cuyos rasgos predominantes se advierten nítidamente en la legislación vigente hasta mediados de la centuria. Las reformas comerciales, impulsadas desde el mal llamado decreto de “libre comercio” de 1811, apuntaron al perfeccionamiento y consolidación de una política de apertura comercial limitada, que si bien terminó con el monopolio español, dificultó la fuga de metales preciosos por concepto de una excesiva importación, protegiendo, de paso, el incipiente artesanado nacional. En términos generales, el modelo económico adoptado durante este período mantuvo una pálida influencia liberal, prevaleciendo el afán proteccionista y algunos privilegios tributarios, aun cuando, desde fines de los años cuarenta, la economía se orientará progresivamente hacia el amplio cauce de la ideología liberal.

Así, tras el breve intervalo anárquico, la legislación comercial chilena se perfeccionó siguiendo el criterio anterior, sin renunciar a su carácter pragmático, pero ganando en eficiencia. A la reapertura de puertos al comercio internacional, se sumó luego una Ley de Protección y Fomento de la Marina Mercante,⁴ el establecimiento de depósitos portuarios y almacenes francos en Valparaíso y una redefinición de los aranceles aplicados a la exportación minera y agraria. En el transcurso de los años siguientes, la legislación comercial fue perfeccionando el modelo de expansión, teniendo en Valparaíso su epicentro.

Desde la perspectiva fiscal, el mayor aporte a su financiamiento provino de las entradas ordinarias obtenidas por el concepto de pagos de derechos aduaneros, que para el período en estudio, el puerto de Valparaíso llegó a representar una participación promedio cercana al 90% del total nacional.⁵ Esta situación hizo que el impulso adquirido por Valparaíso se convirtiera en un elemento esencial para los intereses del poder central.

El dinamismo mercantil porteño desencadenó una fuerte pugna comercial con el Perú, conocida como la “guerra de impuestos”. La consecuencia ulterior de esta disputa, fue la guerra Contra la Confederación Perú Boliviana, también conocida como la primera Guerra del Pacífico, cuyo triunfo chileno provocó el quiebre definitivo de la hegemonía marítima del Callao, facilitando el camino ascendente de Valparaíso.

Superada la competencia interna y externa, Valparaíso encabezó la participación de Chile con el comercio mundial.⁶ Si bien, para el período 1830- 1860, el crecimiento económico fue liderado por la exportación minera, en particular la cuprífera, las posibilidades de negocios más lucrativos se concentraron en el Alto Comercio. Ambos rubros se complementaron en la ciudad a través de sus Casas de Comercio, activas impulsoras de

3. VILLALOBOS RIVERA, Sergio; *Los Comienzos de la Historiografía Económica de Chile 1862-1940*, Editorial Universitaria, 1980. p. 12.

4. VÉLIZ, Claudio; *Historia de la Marina Mercante de Chile*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1961, pp.45-75.

5. CAVIERES FIGUEROA, Eduardo; “Rutas Marítimas, Comercio y Finanzas en una Etapa de Expansión: Valparaíso 1820-1880”, en *Valparaíso Sociedad y Economía en el Siglo XIX*, Serie monográfica Histórica N° 12, Instituto de Historia Universidad Católica de Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2000. pp. 73 y 74.

6. *Ibidem*, pp. 76-78.



Barcos alrededor del mundo en 1850, en www.maritimeheritage.org/.../valparaiso1850.jpg,

una amplia y dinámica red de vinculaciones comerciales y financieras, que contaron con la participación de habilitadores y productores mineros a nivel nacional e internacional.⁷

La relevancia comercial que en cortas décadas adquirió la ciudad puerto, también se expandió a otras economías nacionales, en particular a las de Perú, Bolivia y en gran medida a Ecuador, llegando incluso a ampliar su horizonte de influencia a los nuevos centros de colonización en el Pacífico norteamericano, Oceanía y algunos puertos del Asia-Pacífico.⁸ En otras palabras, Valparaíso se convirtió en el principal centro integrador entre las economías del Pacífico y el poderoso sistema económico nor-atlántico, protagonizado por Gran Bretaña.

A la cabeza del comercio porteño, se dispuso una pequeña pero activa elite de rasgos burgueses,⁹ compuesta preferentemente por extranjeros, en su mayoría de origen

7. SILVA VARGAS, Fernando; "Notas Sobre la Evolución Empresarial Chilena en el Siglo XIX..", en *Empresa Privada*, Escuela de Negocios de Valparaíso, Fundación Adolfo Ibañez, Universidad Técnica Federico Santa María, pp. 75-81.

8. RODRÍGUEZ CANESSA, Antonio; "El Cono Sur y Oceanía 1860.1910: Aportes de los Cónsules de Chile a su Vinculación", en *Revista Intus Legere*, N° 6, Volumen 2, Universidad Adolfo Ibañez, 2003, pp. 88-89.

9. La elite porteña que se estructuraba durante el siglo XIX, muestra una marcada identificación con los valores y principios propios de la burguesía, lo que provoca su distanciamiento de la Aristocracia hasta más menos la década de 1870. Véase LORENZO S., Santiago, et al.; "Vida, Costumbres y Espíritu Empresarial", en Serie Monográfica Histórica, N° 11, Instituto de Historia Universidad Católica de Valparaíso, p. 47.

británico, pero integrado además por alemanes, franceses y norteamericanos, entre otras nacionalidades. La marcada impronta británica, no fue obstáculo para la incorporación de empresarios chilenos, tanto en el sector minero como en el comercial, obteniendo, al igual que los anteriores, cuantiosas utilidades en una etapa de expansión de la economía nacional, denominada de la capitalización básica o mercantil.

El surgimiento en Valparaíso de una próspera elite mercantil de rasgos cosmopolitas, se produjo al margen de la tradicional aristocracia santiaguina, ligada a la tenencia de la tierra, al ejercicio de la política e identificada económicamente con el antiguo espacio mercantil agro-exportador con vasta experiencia y arraigo en el mercado cerealero del Perú. Aunque en algunos casos se podría hablar de conexiones entre ambos grupos sociales, porque la elite de Santiago también fue asumiendo los hábitos de una moderna burguesía, lo cierto es que durante este período predominó un paralelismo entre ambos sectores sociales, y la emergente sociedad porteña, estuvo ajena a la de Santiago en mentalidad y en hábitos políticos y sociales.

La elite capitalina, poseedora de un prestigio indiscutido, unida por mentalidad y valores fuertemente afianzados, políticamente integrante del “peluconismo social”, le proporcionó a los gobiernos centralizadores de esta etapa su influyente capacidad de orden y la base social requerida para el diseño y concreción de las grandes tareas nacionales. Dentro de las iniciativas con proyecciones más ambiciosas, destacó la exitosa política de articulación económica del territorio del Valle Central, un antiguo anhelo que provenía de las administraciones reformistas del siglo XVIII, y cuya pretensión se radicó en concentrar la población en una zona donde el cultivo del trigo se había transformado en la más importante actividad agrícola de Chile y, por ende, en la base económica de este poderoso sector social.¹⁰

Otra de las tareas que promovió el poder central con idénticos propósitos, pero aún más desafiantes, fueron la ocupación del Estrecho de Magallanes, la colonización de los territorios de Valdivia, Osorno y Llanquihue y, más tardíamente, la llamada “pacificación” de la Araucanía.

La elite porteña por su parte, aunque no se sintió ajena al gran proyecto de expansión territorial y de imposición de un orden nacional articulador, centró sus preocupaciones e intereses preferentemente en el mundo de los negocios, asumiendo comportamientos, actitudes y valores más cercanos a una moderna clase social que a un sector que se reconociera por el ascendiente social del abolengo. Aunque es evidente que la elite porteña compartió la noción de orden y estabilidad alcanzados, la consecución de sus intereses los llevó a presionar por iniciativas consideradas por ellos mismos imprescindibles para agilizar la marcha económica de la república, frecuentemente obstaculizada por la lentitud burocratizante del poder central, especialmente en aquellas materias legales y administrativas que frenaban el ya evidente desplazamiento de Santiago en favor de Valparaíso, como centro neurálgico de la gestión mercantil.¹¹

En este sentido, cabe destacar el rol que ejercieron los órganos de expresión de la

10. DE RAMÓN, Armando; *Historia de Chile, Desde la Invención Incaica Hasta Nuestros Días. (1500-2000)*, Editorial Catalonia, Santiago, 2003, pp. 80-81.

11. CAVIERES, Eduardo; *Op cit.*, pp. 65-67.

elite porteña, tales como el diario El Mercurio de Valparaíso, vocero de los intereses mercantiles y las instituciones que conformaron el escenario comercial porteño, como la “Sala de Comercio” y más tardíamente el “Tribunal de Comercio” y la “Cámara de Comercio” de Valparaíso, organismos que reunieron y encauzaron las iniciativas de los comerciantes de la ciudad pertenecientes al alto comercio.¹²

En síntesis, durante las primeras tres décadas de expansión mercantil, Valparaíso asumió un protagonismo indiscutido como capital económica de la república, desplazando la preeminencia de Santiago y su antiguo rol articulador del espacio comercial de base agraria, por uno más complejo y moderno que incluyendo al anterior, derivó hacia una economía con fuerte arraigo en la minería del norte chico y en la internacionalización de sus negocios. Durante esos años, primó lo que denominaremos una bipolaridad en el desenvolvimiento chileno, debido a la consolidación y expansión de un centro político y administrativo radicado en la capital, y otro económico mercantil, presidido por Valparaíso, situación que, de una u otra manera, contribuyó a un ordenamiento más armónico de la nación, mitigando, o al menos debilitando, los efectos perniciosos de una tradición centralista absorbente.

Centralismo proteccionista.

El escenario político de la segunda mitad del siglo XIX estuvo marcado por el avance de un liberalismo de fuerte base ideológica, cuyas manifestaciones más evidentes se reconocen en la irrupción de los partidos políticos y su lucha contra la tradición autoritaria presidencialista, herencia del orden conservador, cuya vigencia permaneció prácticamente inalterable hasta la Guerra Civil de 1891.¹³ Las llamadas “luchas doctrinarias”, desatadas durante el período, promovieron la laicización del Estado y la libertad de la Iglesia dentro del mismo, encendiendo fuertes pasiones políticas, que se expresaron con una beligerancia política desconocida en nuestra tradición. La temprana adopción de costumbres y actitudes de origen parlamentario al interior de los partidos, propició la convergencia en torno a la anhelada “libertad electoral”, realidad que sólo se materializó después del cruento enfrentamiento civil que cerró esta etapa política de la historia nacional.

Durante la vigencia del llamado parlamentarismo chileno, la institución presidencial se auto despojó de sus antiguas prerrogativas de gran conductor de la política nacional, prevaleciendo en la actividad pública, la actitud voluntarista y avasallante de las componendas de los partidos políticos. Lamentablemente, el debilitamiento del centralismo presidencial, permitió un avance del partidismo en desmedro de una efectiva descentralización política y administrativa del país.¹⁴ Una de las escasas iniciativas de carácter descentralizador del período, fue la ley de comuna autónoma, patrocinada por el partido conservador con evidentes propósitos electorales. La moción, resistida por los liberales, por inconveniente a sus intereses, procuró transferir a los municipios redefinidos,

12. Ibidem.

13. GÓNGORA, Mario; *Op. cit.*, pp. 61-62.

14. GLEISNER, Hagen; *Centralismo en Latinoamérica y Descentralización en Chile*, Pontificia Universidad Católica de Chile, sede Talcahuano, 1988, p.109.

una serie de atribuciones burocráticas y electorales. La reforma fue finalmente aprobada en 1892, demostrando muy pronto ser inadecuada, por la escasa madurez cívica y por transformarse en un instrumento más de la lucha partidista, el cohecho y la corrupción municipal.¹⁵ En síntesis, si bien, el avance del liberalismo propició el término de la tradición centralista presidencial, su triunfo consolidó la imposición de una oligarquía enriquecida en la minería y la banca, con poderosas redes clientelares en la administración pública y el mundo rural, que terminaron por imponer en el parlamento una verdadera dictadura irresponsable de los partidos políticos.

En el ámbito social, aunque hasta hoy en día no existe consenso entre los historiadores respecto a las características que le confirieron una fisonomía a la elite chilena de fines del XIX y comienzos del XX,¹⁶ lo cierto es que las diferencias que distanciaban a la plutocratizada elite santiaguina de la porteña y marginalmente los centros mineros del norte, fueron cediendo, dando paso a la formación de una poderosa oligarquía de carácter nacional, vinculada al espectacular auge del salitre, la banca y el “alto comercio”, que aunque en parte no perdió del todo sus rasgos sociológicos aristocratizantes, fue asumiendo un control riguroso del poder político, social y económico. No obstante, esta tendencia aglutinante, la alta sociedad porteña, aún dominada por familias de origen europeo, siguió conservando su impronta extranjerizante y su vinculación a la ciudad, pese a que por los lazos sociales, culturales y familiares la fueron estrechando aún más con la oligarquía.

Durante esta etapa, la aludida preponderancia del liberalismo en el ámbito político no encontró en el plano económico una correspondencia plena. Así, la proliferación del librecambismo conoció en Chile la persistencia de medidas de corte proteccionista, lo que vino a significar una relativización de sus postulados; no obstante, en algunos sectores como la banca y la actividad naviera, el avance de la liberalización fue profundo.¹⁷

Como es sabido, el auge exportador salitrero, representó el factor más dinamizador de la expansión económica nacional por espacio de cinco décadas (1880-1930). Ligada principalmente al capital británico, la comercialización del salitre se radicó preferentemente en Valparaíso,¹⁸ centro mercantil que logró en esta etapa albergar una red financiera, de

15. VIAL CORREA, Gonzalo; “La Sociedad Chilena en el Cambio de Siglo” (1890-1925), en *Historia de Chile (1891-1973)*, volumen I, Tomo II, Editorial Santillana, Santiago, 1981, p. 613.

16. Una importante contribución al estudio de la élite chilena de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX lo proporciona el trabajo del profesor Rafael Sagrado Baeza, “Elites Chilenas del siglo XIX Historiografía”, en *Cuadernos de Historia* 16, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Diciembre 1996, pp. 109-132.

17. El historiador Sergio Villalobos, asegura que los postulados librecambistas del influyente economista francés Jean Gustave de Courcelle-Seneuir, de fuerte influencia en Chile desde mediados del siglo XIX, “poseían una cierta dosis de relativismo en ciertas materias. Su estudio sobre la legislación al gobierno de Chile en comparación con las de Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos, resultó desconcertante para los adoradores del liberalismo, porque en lugar de impugnar los resabios proteccionistas, Couucelle-Seneuir la elogió y estimó que era innecesario reformarla”, Véase VILLALOBOS RIVERA, Sergio; *Op. cit.*, P.31.

18. COUYOUMDJIAN, Juan Ricardo; *El Alto Comercio de Valparaíso y las Grandes Casas Extranjeras. 1880-1930. Una Aproximación*, pp. 85-93.



OLDS, Harry Grant, 1869-1943, Bahía de Valparaíso, ca. 1900, Archivo Fotográfico Museo Histórico, en www.memoriachilena.cl/.../thumb200/MC0007088.jpg

negocios y otros servicios anexos, que acrecentaron la capitalización de las Casas de Comercio y del fisco chileno. Esto último fue posible por el alza de la recaudación de impuestos de exportación tras la Guerra del Pacífico, que dio lugar a un ambicioso plan de obras públicas,¹⁹ especialmente en el ámbito ferroviario, facilitando la incorporación de nuevas áreas geográficas para la explotación económica.

Por su parte, el llamado impulso industrial contó con el incentivo estatal a través de la política de otorgar “privilegios exclusivos” que promovieron la proliferación de una variada gama de actividades manufactureras con franquicias para importar materias primas.²⁰

19. CARIOLA, Carmen y SUNKEL, Osvaldo; *Un Siglo de Historia Económica de Chile. 1830-1930*, Editorial Universitaria, Santiago, 1990, pp. 42-45.

20. Véase el apartado “Privilegios Exclusivos y Actitudes Empresariales en la Temprana Industrialización Porteña y Chilena, 1845-1879”, en LORENZO, Santiago, et. Al.; *Op. cit.*, pp. 149-178.

Muchos extranjeros avecindados en Valparaíso dieron rienda a su espíritu empresarial, formando sociedades que presionaron por impedir el ingreso de productos extranjeros. A fines del siglo, por medio de nuevas iniciativas arancelarias, se fue perfeccionando esta política, dando lugar al “proteccionismo industrial”,²¹ iniciativa de fomento que estaba plenamente identificada con los intereses oficialistas y que para dichos fines promovieron la formación en Santiago de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOPA), institución que nació con el propósito de coordinar y estimular la actividad manufacturera en sus distintos rubros, contando en su seno de una amplia membresía que incluyó a altos funcionarios gubernamentales.²²

Así, favorecido desde las esferas oficiales, se echaron las bases de una actividad industrial modesta, pero prolífica, que incrementó la participación económica de Santiago y otros centros urbanos de menor relevancia, situación que vino a disputarle a Valparaíso su protagonismo como ciudad cabecera de la actividad manufacturera y de servicios. La tendencia a la concentración industrial capitalina, se incrementará en las décadas siguientes debido a una multiplicidad de factores, la mayoría de ellos, precedidos de los efectos ocasionados por el estallido de la Primera Guerra Mundial, en simultaneidad con la apertura del Canal de Panamá.

La Gran Guerra provocó un impacto inmediato en la economía porteña, debido a que las mercaderías europeas, base del negocio de importación, comenzaron a escasear, siendo reemplazadas por productos de origen norteamericano,²³ los cuales, mayoritariamente, no venían acompañados de las concesiones crediticias ni tampoco se adaptaron fácilmente a las condiciones de comercialización imperantes. Aunque en los años siguientes se superaron muchas de estas limitantes, lo cierto es que Valparaíso ya mostraba una tendencia lenta, pero incesante, a perder su fuerte vinculación con las grandes redes del comercio mundial. Lo anterior se explica mejor con el súbito descenso que afectó a las exportaciones salitreras, piedra basal del comercio porteño, y también por su estrecha relación con el negocio de la importación de carbón, rubro de gran importancia comercial, que por sí solo representaba más del 10% del total de importaciones de la república.²⁴

A consecuencias de la gran conflagración mundial, la apertura del canal de Panamá pasó inadvertida en un primer momento en Valparaíso. Sin embargo, las cifras del descenso de la actividad marítima son elocuentes; la ciudad se desjerarquizó en su condición portuaria, no obstante que el comercio y la industria, los otros dos pilares en que se apoyaba

21. Un interesante análisis acerca del pensamiento económico que promueve el proteccionismo y su aplicación en las políticas económicas del período en el apartado “La Vuelta del Proteccionismo”. Véase CARMAGNANI, Marcelo; *Desarrollo Industrial y Subdesarrollo Económico. El Caso Chileno (1860-1920)*, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 1998, pp. 113-131.

22. El rol de apoyo al Gobierno que mantuvo esta sociedad en sus comienzos ha sido debidamente demostrado en el trabajo de Eduardo Vargas. Véase VARGAS CARIOLA, Eduardo; *La Sociedad de Fomento Fabril 1883-1928*, Historia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1976, pp. 5-53.

23. COUYOUMDJIAN, Juan Ricardo; *Chile y Gran Bretaña Durante la Primera Guerra Mundial y la Post-Guerra, 1914-1921*, Editorial Andrés Bello, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 1986, pp. 215-226.

24. RODRÍGUEZ CANESSA, Antonio; “El Carbón Australiano en Chile, 1885-1914. Diplomacia, Comercio y Navegación”, en *Intus Legere*, N° 5, Universidad Adolfo Ibáñez, 2002, p.216.

el dinamismo porteño, mostraron en los años veinte signos de estabilidad y aun de recuperación. Corroboran esta apreciación, los nuevos rubros a los cuales se fue abriendo la actividad comercial y manufacturera local, pero fundamentalmente se refleja en la preeminencia nacional de la Bolsa de Corredores de Valparaíso.²⁵

Como hemos podido advertir, fueron muy variados los factores que a comienzos del siglo XX, amenazaban el sitio de Valparaíso; por tanto, no es aconsejable insistir en la búsqueda del factor responsable de la crisis de la ciudad. Si hubo un rasgo que caracterizó la trayectoria de Valparaíso, fue su capacidad permanente para sobreponerse a las adversidades. Así, después del desastroso terremoto de 1906, Valparaíso resurgió, renovado, pero sin revertir los inicios de la tendencia descendente; importantes vecinos se vieron en la obligación de abandonar la ciudad por insegura y también porque mostraba signos de estrechez física y una incesante especulación urbanística.

Más allá de las penalidades y coyunturas desfavorables, Valparaíso fue transformándose en una presa más del avance de las tendencias económicas que oscilaron desde el “proteccionismo industrial” de corte sectorialista hacia un “proteccionismo nacionalista”,²⁶ esta última consecuencia indesmentible de la incorporación sucesiva de nuevas barreras o trabas arancelarias, que vinieron a acelerar el desplazamiento del eje de la economía chilena hacia la capital política y administrativa, la cual, a fines de los años 20, exhibía un notable crecimiento demográfico y una fisonomía urbana consolidada, acorde a su nueva investidura.

La nueva fase del proceso de industrialización, que surgió después de la Primera Guerra Mundial, fue promovida por una generación emergente de intelectuales y políticos, que no dudó en asignarle al Estado el rol diseñador y fomentador de la actividad económica. El nuevo paradigma incidió en el sigiloso desplazamiento del sector comercial y manufacturero porteño, que aún conservaba una fuerte inserción internacional.

La dirección imprimida a la economía nacional le planteó al alto comercio de Valparaíso desafíos difíciles de sobrellevar; por una parte, se requirió de capitales frescos y de una escala mayor, para invertirlos en nuevas oportunidades de negocios en el sector manufacturero y de servicios, capitales que no siempre estuvieron disponibles en un período en que la atribulada economía europea, vieja aliada de la elite comercial porteña, cedía su protagonismo mundial ante la supremacía tecnológica y financiera de Estados Unidos.²⁷

25. “La Bolsa de Corredores (Valparaíso) concentró las transacciones de letras de cambio y monedas de oro hasta fines de 1922 cuando la Bolsa de Comercio de Santiago inició las operaciones en este rubro. Con todo, la institución porteña mantuvo la primacía indiscutida en negocios de letras y oro en los años siguientes, concentrando un 88,2 por ciento del total de estas transacciones”. Véase COUYOUMDJIAN, Juan Ricardo; *Op. cit.* El Alto..., P.82.

26. Este último además de incrementar los aranceles aduaneros, incorporó facilidades financieras a distintos sectores beneficiados, lo que supuso la creación de nuevas entidades crediticias conocidas como “Cajas”, que expandieron notablemente el campo de acción de la Administración Pública”. Véase, IBÁÑEZ SANTA MARÍA, Adolfo; *Herida en el Ala. Estado, Oligarquía y Subdesarrollo en Chile, 1924-1960*, editorial, Biblioteca Americana, Santiago, 2003, pp.127-131.

27. COUYOUMDJIAN, Juan Ricardo; *Op. cit.* El Alto..., p.95.

Por otra parte, la consolidación de Santiago como nuevo centro de decisiones económicas obligó a las empresas de Valparaíso a trasladarse allí para intentar influir en las directrices económicas del Estado, mutando la mayoría de las veces a nuevos emprendimientos o constituyendo nuevas sociedades con distinta suerte en el tiempo. Un sector más tradicional del comercio y la manufacturera, fuertemente dependiente de la importación todavía permanecerá en la ciudad, resistiendo en los años venideros, los vaivenes económicos de un convulsionado período. Lamentablemente, a muchos de ellos, la Gran Depresión, que se dejó sentir en Chile a partir de 1930, se los llevó por delante.

Si bien el Valparaíso de los años 20 fue mermando su protagonismo, cediendo ante al avance de otras ciudades, y muy especialmente frente a Santiago, todavía conservó un desempeño sobresaliente dentro de la economía nacional, debido a la persistencia de un modelo económico cuya fortaleza principal descansaba en el énfasis exportador, en lo que se ha dado en llamar el modelo de “crecimiento hacia afuera”.²⁸ Así, podemos concluir que mientras en la economía chilena prevaleció el modelo “primario exportador”, las poderosas tendencias centralizadoras que se fortalecieron en torno a Santiago no pudieron doblegar del todo el dinamismo porteño e incluso el de otros centros productivos regionales.

Centralismo estatista

Como ya advertimos, los síntomas de estancamiento que mostraba Valparaíso no deben ser atribuidos a un hecho súbito o coyuntural; por el contrario, una multiplicidad de decisiones adversas, unas más que otras, terminaron por comprometer su futuro. Especialmente perjudicial para los intereses de la ciudad, fue la adopción recurrente de políticas económicas de indesmentible sello centralista, inspiradas en el modernista y emergente paradigma estatista que progresivamente fue cautivando a la remozada elite dirigente chilena, y que más temprano que tarde, conseguirán reunir en torno a Santiago a la capital política y económica.

Los fuertes trastornos políticos y sociales que experimentó Chile en los años veinte, terminaron por desplazar el desgastado y desprestigiado régimen liberal parlamentario. Para el siguiente medio siglo, una pequeña pero activa elite de origen mesocrático, encabezarán un proceso reformista que promovió el retorno al presidencialismo y la implementación de políticas de protección social.

El cambio de paradigma se produjo en un escenario político y social convulsionado, desencadenante del quiebre institucional. Desde la memorable campaña presidencial de 1920, a lo menos, Arturo Alessandri promovió un proceso irreversible de transformaciones bajo un discurso político impregnado de una retórica populista y demagógica, desconocida en nuestra tradición política. La crítica deliberada al establishment imperante, dificultó el encuentro de un cauce natural de salida a la crisis, sobreviniendo la caída de un Presidente

28. La divulgada expresión algo peyorativa que acuña el historiador económico Aníbal Pinto, ha sido utilizada en un sentido más genérico de modelo económico con énfasis en la expansión del comercio internacional, especialmente en las exportaciones. Véase PINTO SANTA CRUZ, Aníbal; Chile. *Un Caso de Desarrollo Frustrado*, Editorial Universitaria, Santiago, 1959.

Alessandri, abrumado por la efervescencia social y la obstrucción parlamentaria. La radicalización del proceso terminó por abrirles paso a los militares, emergiendo la fuerte personalidad de su líder, el coronel Carlos Ibáñez del Campo, quien impuso un modernista proceso de remodelación del Estado.

Ambas figuras reformistas le infundieron a sus cometidos gubernamentales un fuerte arraigo popular, en lo que Mario Góngora ha llamado un “caudillismo tribunicio”,²⁹ que, pese a contener inconsistencias y contradicciones, aceleró la transformación del modelo de gobernabilidad en Chile.

La consolidación del nuevo orden sólo se alcanzó después de 1932, bajo el segundo mandato de un aleccionado Arturo Alessandri, que, ya sin miramientos y con rigor, impuso el retorno al cauce institucional. El régimen prevaleciente se distinguió por la instauración de un presidencialismo precario, que luchó por sobreponerse a los partidos políticos, los cuales, pese a mostrar un discurso ideológico remozado, incurrieron en prácticas y conductas políticas muy cercanas a las del viejo parlamentarismo, orientando ahora su disputa por el poder en el control del cada vez más abultado aparato burocrático del Estado.³⁰

La base social de este período descansó en la nueva elite mesocrática que desplazó o al menos compartió prerrogativas con una “oligarquía crepuscular”,³¹ desfigurada y venida a menos por las sucesivas crisis económicas. Durante largos años, entre ambos sectores siguió primando un desprecio mutuo. El antiguo grupo rector receló del resentimiento social, el sello delirante y demagógico en que se encauzó la política nacional. En cambio, desde la elite mesocrática se le reprochó a la antigua clase dirigente su familiarización con las altas finanzas, su sello extranjerizante y principalmente por su responsabilidad en el deterioro económico-social que sumió al país. La elección presidencial de 1938, que enfrentó a Pedro Aguirre Cerda y a Gustavo Ross Santa María, estuvo marcada por el enfrentamiento de ambas sociabilidades políticas. El triunfo del primero consolidó el nuevo orden, apresurando el fraccionamiento del antiguo grupo rector, incluyendo su propia incorporación a la cada vez más amplia mesocracia.

En el plano económico, se sobrepuso el ya mencionado “nacionalismo económico”, inspirado en el moderado socialismo alemán o de Estado, que tras la crisis del salitre, y fundamentalmente de la Gran Depresión mundial de comienzos de los treinta, terminaron por reorientar la economía chilena, primero hacia la industrialización por sustitución de importaciones (ISI) y luego a una política de fomento industrial, dirigida y administrada desde el Estado, mediante la contratación de préstamos internacionales, de procedencia mayoritariamente norteamericana.³²

29. A juicio de Mario Góngora, la irrupción de los caudillos que actúan a nombre del pueblo termina con las expresiones parlamentarias de un ethos republicano grandilocuente de lo que subsiste del siglo XIX Chileno. Véase el apartado “El Tiempo de los Caudillos” en GÓNGORA DEL CAMPO, Mario; *Op. cit.*, Pp.127-235.

30. IBÁÑEZ SANTA MARÍA, Adolfo; *Op. cit.*, pp. 144-157.

31. El cambio de la orientación económica en Chile que se materializó en torno a los años veinte, contribuyó al reajuste social de una nueva elite mesocrática, compuesta por políticos, intelectuales y técnicos de nivel superior que terminaron por desplazar el protagonismo de la vieja oligarquía.

32. MELLER, Patricio; *Un Siglo de economía Política Chilena (1890-1990)*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1996, p. 31-41



En www.revistaurbanismo.uchile.cl/n4/alvarez/Image25.jpg.

Bajo esta inclinación económica, el modelo primario exportador, vigente por más de un siglo, fue desplazado. Es cierto que las circunstancias de la economía mundial del período de entre guerras, tampoco favorecieron su vigencia. El resultado fue que las exportaciones mineras prácticamente se paralizaron, salvo las cupríferas, sector ajeno a las redes mercantiles de Valparaíso, y cuyo efecto multiplicador para la economía nacional estuvo muy lejos de emular la prosperidad de la antigua industria del salitre.

En la década de los cuarenta, con la organización de la CORFO, organismo fundamental del nuevo diseño burocrático, el Estado adquirió la capacidad técnica de planificar el desarrollo económico nacional en cada una de sus fases y sectores estratégicos, sumando una nueva y preeminente función centralizadora, la de intervenir en el proceso productivo bajo las formas de un “Estado Empresario”.³³

Para Valparaíso, la redefinición del modelo económico nacional, implicaba incurrir en ajustes mayores, que el viejo sector comercial no estaba en condiciones de afrontar por sí mismo. Más allá de los beneficios que trajo para el conjunto del país el fomento estatal del

33. LARRUOLET, Cristián; “Reflexiones en torno al Estado Empresario”, en *Revista Centro de Estudios Públicos*, N° 14, Santiago, 1984, p.129-151.

sector industrial, antiguo anhelo de la dirigencia chilena, su imposición por parte del Estado se hizo en desmedro de otros sectores, sin importar su costo. Tampoco se dimensionaron los efectos para el comercio exportador y para las empresas, como las porteñas, que para producir manufacturas requerían de insumos y materias primas importadas.

La implementación de este modelo fue inhibiendo la tradicional capacidad dinamizadora y de superación que había exhibido la economía de la ciudad puerto por más de un siglo. Ya mencionamos que la apertura del Canal de Panamá significó un descenso de la actividad marítima, sin dislocar su crecimiento comercial e industrial. En el caso de la devastadora crisis económica de 1929, aunque tuvo un efecto notorio en las actividades de la ciudad, a fines de la década siguiente, la economía porteña mostró signos claros de recuperación.³⁴ En cambio, el avance arrollador del “proteccionismo estatista” acrecentó las tendencias hacia el centralismo económico, acelerando el alejamiento de la economía chilena del mundo internacional, factor gravitante al cual Valparaíso debía su antigua prosperidad. Ninguna de las soluciones que se propusieron en Valparaíso pudo coincidir con la matriz centralista y de planificación del desarrollo, llevada adelante por los gobiernos del período con la activa participación de las altas esferas burocráticas, que desde Santiago pensaron y planificaron el desarrollo del país.

Al despuntar los años cincuenta, las posibilidades de crecimiento de Valparaíso se encontraban agotadas; el desplazamiento de las empresas y la población activa hacia la capital o, en el mejor de los casos, hacia otras comunas de la provincia, se tornaron en una constante. A esas alturas, la escala de comparación de Valparaíso ya era otra; el puerto de San Antonio, el nuevo orgullo del centralismo capitalino, adquirió el rango de “puerto mayor privilegiado” por decisión gubernamental, convirtiéndose en un serio competidor por la transferencia portuaria. Por otra parte, todas las iniciativas tendientes a mejorar las condiciones de competitividad propuestas por las fuerzas vivas de Valparaíso, no contaron con el patrocinio de los gobiernos, siendo desechadas o postergadas por los tecnócratas del aparato estatal.³⁵ Así, la desjerarquizada sociedad porteña fue testigo de cómo las decisiones que atañen al comercio y la economía nacional ya no se pensaban ni dependían de Valparaíso.

La declinación porteña se transformó en un letargo agobiante que no mostró visos de cambio en las décadas siguientes. La fisonomía urbana de la antigua área productiva de la ciudad o “plan”, se conservó por décadas sin conocer de cambios ni transformaciones, salvo las huellas evidentes del deterioro del paso del tiempo y la acción recurrente y devastadora de incendios y terremotos, realidad con la cual la ciudad había aprendido a convivir en su época dorada, pero que por estos años, ya no representan una oportunidad de crecimiento o renovación. Así, ajeno a las condiciones que alguna vez le dieron auge y prosperidad, Valparaíso se convirtió en una de las víctimas principales del centralismo económico aplastante del siglo XX, cuyo ritmo de avance en el país, fue evidentemente concordante con la propia decadencia de la ciudad.

34. MARFÁN, Manuel; “Políticas Reactivadas y Recesión externa en Chile 1929-1938”, en *Estudios CIEPLAN*, N° 12, Santiago, 1984.

35. Entre las iniciativas que más interés despertaron en la sociedad porteña se encuentra la construcción de una nueva vía férrea más directa para conectarse con la capital; y la implementación de una zona industrial movida por una central hidroeléctrica.